

mis
humores
sangre
lágrimas
fluidos
sexuales
sudor

Fernanda del Monte

mis
humores



mis humores

Primera edición, 2021

Volumen siete de la
serie Habitaciones

Director de la colección
Benjamín Mayer Foulkes

Editor
Rodrigo Fernández de Gortari

Coordinación editorial
Salomé Esper

Diseño
Diego Aguirre

Asesoría en derecho de autor
Raúl Eduardo Manzano Tapia
Néstor Adrián Villegas Cortés

© 2021, de los textos, Fernanda del Monte
© 2021, de la presentación, Horacio Banega

D.R. © 2021, 17, Consultoría, S.C.
Benito Juárez 35-1,
Colonia El Carmen,
Coyoacán
04100, México, Ciudad de México
www.diecisiete.org

ISBN: 978-607-99316-0-5

Contacto
editorial@17edu.org

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de autora y editores.

Este libro se digitalizó en Mala letra.com.

mis
humores
Fernanda del Monte

serie Habitaciones siete **17,**

Fernanda del Monte

(Ciudad de México)

Estoy convencida que yo he sido una mujer negra, alemana, francesa nórdica, hombre, delfín y nube.

Lo sé porque en el mapa del sueño diurno me vienen recuerdos de vidas que nunca he vivido.

También estoy convencida de que he tenido sentimientos que hoy desconozco pero que atribuyo a los viajes interestelares, como si pudiera sentir lo que siente una estrella o el pulso de la antimateria. Y entonces me pregunto si yo soy quien soy o más bien soy fuera de eso que soy, una otredad hecha de muchas delicias, pero también de asesinatos y violencias cometidas, cosida dentro de una piel humana.

Presentación de una pos-escritura

Horacio Banega^{*}

“La ausencia de un estado de ánimo definido, que a menudo se sostiene igual largo tiempo y que no se debe confundir con un estado de ánimo francamente negativo, dista tanto de ser una nada, que justamente en ella se torne el existente humano insufrible para sí mismo. El ser es vuelto patente como una carga. Por qué, no se sabe”.¹

La paradoja es que Heidegger escribió eso pero no sabemos si imaginaba lo que implica en la sociedad patriarcal ser mujer. De todos modos hay algo importante en lo que afirma: no sabemos por qué existir puede ser insufrible. La autora de *mis humores* se embarca, se embarga, se embreta y se compromete en una indagación por la existencia indexada, no de indexación sino de indexización, la existencia femenina.

No es tan difícil definir a la existencia en estos tiempos de sangre, locura y muerte como aquello que nos es dado, que no pedimos, y que no queremos que se nos quite, hasta que morimos. Lo importante es lo que sucede mientras tanto. Mientras aparecemos y nos vamos. *mis humores* es un artefacto cuya voz y cuerpo son múltiples, pero literalmente, no filosófica o geoméricamente. Una voz que busca su cuerpo artístico por múltiples formatos y que, como un virus, muta en cada uno de

ellos, cambiando su naturaleza, pero donde permanece el grito munschiano “soy mujer mexicana”.

El término “humores” también remite a líquidos, fluidos, materias licuefaccionadas en los vapores de menajes de sabor exquisito. La autora fluctúa, nada, juega al tenis y saca rápido, salta la red y tira la raqueta entre los antiguos géneros literarios y dramáticos llevándonos al territorio del arte digital, arte que se hace con los dedos sobre la computadora, con las manos sobre las texturas píxeles, con los sudores de la pantalla, con las manchas sobre los cursores dejados por los dedos de los lectores participando del fluido humoroso de la palabra-imagen-espacio-fluido-caliente que atraviesa este artefacto. Si el contenido de una obra de arte son las formas sedimentadas que arrastran sus luchas anteriores, entonces esta obra reactualiza esas luchas y muestra la completa adecuación de su voz, su enunciado, su cuerpo de enunciación y su forma material de encarnación.

La voz y el cuerpo hacen y piden espacio. El espacio prolifera en distintas dimensiones: imaginaria, potencial, virtual, escénica, erótica, maternal, privada, pública. Su temporalidad es de larga duración. Su norte es la independencia de los géneros (sexuales/eróticos/disciplinarios/discursivos).

Y en medio del grito, la puta vida. ¿Acto performático como re-encantamiento del mundo o como reactualización de la pregunta existencialista? ¿Qué es vivir así? ¿Cómo vivir así? Así no. El grito no es negación ni negatividad, sino pura afirmación. Se transforma en susurro, caricia, discurso, modulación amorosa del auto-goce (no tocarse, sino escucharse la propia voz y el placer que da).

La obra no teme a nada. Se enfrenta a las enfermedades. El lenguaje es un virus, cantaba Laurie Anderson la sentencia de William Burroughs. Actos psicomágicos para curarse, también decimos por estos lares. Un acto psicomágico para exhibir las necesidades y necesidades de una existencia fragmentada por afuera mientras se restablece una unidad orgánica interna dada por la pasión de la escritura. Una cura por la palabra (escrita). Dejar la huella, atravesar las redes, hacerse oír-leer-ver, en un universo que debería mutar para un lado y parece que muta para el otro.

Bienvenidos *mis humores*, cuidado con las compañías, algunas son mortales, otras son alegres, dependerá de usted, lector, lectora, cuál elegir.

* Doctor en Filosofía (UBA, Argentina). Director, dramaturgo y performer. <<

¹ Martin Heidegger, *Sein und Zeit*. Max Niemeyer Verlag, Tübingen, 1967 [2002], p.134. <<

Nunca hay que preguntar qué quiere decir un libro, significado o significante, en un libro no hay nada que comprender, tan solo hay que preguntarse con qué funciona, en conexión

con qué hace pasar o no intensidades, en qué multiplicidades introduce y metamorfosea la suya, con qué cuerpos sin órganos hace converger el suyo.

DELEUZE Y GUATTARI, *MIL MESETAS*

prefacio

Escribo este texto como salida al dolor y sufrimiento que me provoca el pensamiento.

Escribo este texto como entrada hacia mi historia que quizás sea la de muchos y muchas.

Escribo este texto como respuesta a la constante sensación de que nunca es todo, de que siempre hay algo que queda en los bordes de la escritura. Que es imposible compartir el sufrimiento y la muerte, pero en este intento fallido podemos encontrar ciertas aproximaciones que nos ayuden a sentir-nos parte de algo más: el mundo, los otros.

Escribo desbordada, agotada y destruida.

Escribo para mí un texto enfermo y deforme, para dejarlo como un feto sobre la mesa de mis pensamientos.

Escribo un texto autónomo que de alguna manera es infinito.

Un texto que no implica su lectura como se hace desde siempre.

Un texto al que quizás deba uno acudir como acude a un libro de citas. Leído por pedazos cada vez distintos. Un libro que se puede leer o dejar reposar en una mesa de luz para volver a él en la noche como si fuera la confesión de alguien que quiere ser otra. Yo no soy tampoco este texto, es solo un estudio sobre la enfermedad que me lleva a la memoria.

El devenir
de la
escritura
como el
pensamiento
que fluye
sin descanso.

Me ronda la idea de que las palabras escritas expían el deseo. Como si al escribirlas y ponerlas en el papel algo de eso desapareciera o uno se pudiera librar de eso que escribe. Si escribo sobre sangre no habrá más sangre derramada. Si escribo sobre lágrimas no habrá más tristeza en mí, si escribo sobre fluidos sexuales el pasado se volverá presente. Si sigo escribiendo por siempre quizás un día ya no me dé cuenta del paso del tiempo y el dolor. /

**Escribir para
permanecer, para
no fugarme, para
no sentir el vacío.
Llenarnos de
palabras, de saliva,
de deseos hechos
voz para que no se
vuelvan heridas,
humores, fluidos
y deformidad.
Un poco de belleza**

para generar un respiro
y vida para eso que llamamos
espíritu. Quizás para pensar
que somos más allá de un
cuerpo, aunque este siempre
esté mediando. Ser interjección
/ Como si la química que me
compone fuera la que piensa, la
que siente, la que llora y suspira.
Mi química soy yo. Y lo que fluye
dentro mío, algo que constituye
mi ser fuera. Entonces, ¿tengo
control sobre lo que soy?

El cuerpo posee cuatro clases de gustos: el ácido, el dulce, el amargo y el salado. Están en todas las criaturas, pero solo en el hombre pueden ser investigados... Todo lo amargo es cálido y seco, es decir, colérico, todo lo ácido en cambio es frío y seco, es decir, melancólico. Lo dulce dio a luz a lo flemático, porque todo lo dulce es frío y húmedo, aunque no se pueda comparar con el agua... Lo sanguíneo procede de lo salado, y esto

es cálido y húmedo... Cuando lo salado predomina en el hombre a los de los otros tres, es sanguíneo; si en él predomina lo amargo, es un colérico. Lo ácido le vuelve melancólico, y lo dulce, cuando predomina, flemático. Así pues, los cuatro temperamentos están en el cuerpo del hombre como en la tierra de un jardín.

PARACELSO, *TEXTOS ESENCIALES*

Según esta definición medieval de los humores o personalidades tenemos, todos, un exceso de algún elemento que nos vuelve sanguíneos, flemáticos, melancólicos o coléricos. A partir de este exceso se trabajaba en la Antigüedad la noción de salud y, por lo tanto, de la enfermedad. Con el tiempo, la ciencia convirtió al cuerpo en una máquina con células, tumores y exceso de componentes químicos, virus, bacterias que desde el exterior entran a nuestros cuerpos “perfectos” para enfermarlos.

Se dice que la ciencia es verdadera y que lo único que debemos hacer es creer en los resultados de unos análisis clínicos para encontrar la cura a nuestra falta de salud física y psicológica. El presente estudio poético se encargará de indagar en las grietas que se abren desde la pulsión de los cuerpos emocionales para encontrar otras aristas no resueltas por las estadísticas, sin intentar contraponer desde el raciocinio otra teoría sino, desde lo poético, una opción perceptiva sobre la enfermedad. Dar cuenta del discurso que queda detrás de toda enfermedad, de la narrativa que queda